

SOTILEZA

Delibes, Alberti y el Sardinero

El vallisoletano jugó durante 34 años y la 'Oda a Platko' se ideó en Santander

11.06.2010 -

Erase una vez un escritor futbolista. Eran dos poetas enfrentados. Era un portero, un partido y dos poemas. Éranse dos relatos casi encadenados. Es el principio de un doble cuento escrito desde la banda con dos genios de las letras amantes del balón. Dos de esas anécdotas que merecen la pena.

El niño era «hincha antes que aficionado». «Anteponía al espectáculo el triunfo de mi equipo, el Real Valladolid Deportivo». Hasta hacía solemnes promesas «al Todopoderoso» si el pucelano salía victorioso de Las Gaunas o el Infierniño. A los doce años, diseñó sus propias teorías del pronóstico: «El equipo que después de perder en casa visita a otro que viene de ganar fuera, si no se alza con el triunfo, sumará al menos uno de los dos puntos en litigio». La Ley Delibes lo llamaron. Como algo físico.

Miguel Delibes nunca ocultó que el fútbol fue su mayor pasión deportiva.

Se vistió de corto durante 34 años. «Digamos desde los once hasta los cuarenta y cinco». Escribió mucho y bien sobre partidos y futbolistas. En los artículos de 'Vivir al día', cargó contra los divos del fútbol -«el primer síntoma de decadencia»-, criticó al Real Madrid tras la tercera Copa de Europa por no apostar por la cantera y sí por «figuras de relieve mundial a costa de un buen puñado de millones» y hasta dejó escrito que «hoy, antes que jugar más, se procura que el contrincante juegue menos».

En 'El otro fútbol', publicado en 1982, critica los «cerrojos que están dando al traste con la frescura, la euritmia y la belleza de este multitudinario deporte». Suena a escrito ayer mismo. Tan vigente como leer 'Las ratas' o 'El camino'. El fanatismo creciente y las vallas en los campos condujeron al genio hacia el fútbol televisado. Del césped le sacó «un chino malabarista». Delibes recordaba con comedia su último partido en un once improvisado por los periodistas para «desafiar al Circo Feijoo, de los hermanos Tonetti».

Movido por la presencia de su novia, salió al campo «muy decidido». «Pero en mi primera arrancada, después de driblar al mayor de los Tonetti, me entró un chino malabarista. No recuerdo muy bien dónde me puso la rodilla. Me propinó un leve empujón y yo salí por los aires dando volteretas, como proyectado por una ballesta. Quedé malparado, maltrecho, abrumado por un sentimiento de vergüenza que aún hoy, al cabo de cuarenta años, se reaviva cada vez que lo recuerdo».

El duelo de las odas

Los Tonetti sirven para unir los dos relatos. De la patada del chino a la 'Oda a Platko', de Rafael Alberti. Y es que el monumento dedicado a los payasos se levanta en el escenario donde se anotaron los versos que llamaron a la puerta de la historia para el portero húngaro del Barcelona. Fue una final de Copa de dos años antes del treinta. Tres partidos hicieron falta para que el trofeo tuviera dueño. Los catalanes se midieron a la Real Sociedad en aquel Sardinero de entonces. El portero se lanzó a los pies de Cholin, el delantero de los blanquiazules, para evitar el gol. Y lo hizo, aunque su cabeza pagó el precio de la embestida con seis puntos de sutura y conmoción. No fue suficiente para la épica. Platko volvió a salir para que un espectador de lujo se luciera con la pluma.

Ni el mar,

que frente a ti saltaba sin poder defenderte.

Ni la lluvia. Ni el viento, que era el que más rugía.

Ni el mar, ni el viento, Platko,

rubio Platko de sangre,

guardameta en el polvo,

pararrayos.

...

Alberti estaba allí para que el fútbol se encajara para siempre entre los versos. Desde Santander. Pero aquel fútbol, como el de ahora, es cosa de opinión y de pasiones. A otro grande de letras y renglones (Gabriel Celaya) le dolió su corazón realista y firmó una «contraoda».

*Y recuedo también nuestra triple derrota
en aquellos partidos frente al Barcelona*



Delibes futbolista. El vallisoletano, tercero por la derecha (arriba), durante un partido de fútbol entre periodistas de Valladolid contra artistas de circo. :: NORTE DE CASTILLA

*que si nos ganó, no fue gracias a Platko
sino por diez penaltis claros que nos robaron.
Camisolas azules y blancas volaban
al aire, felices, como pájaros libres,
asaltaban la meta defendida con furia
y nada pudo entonces toda la inteligencia
y el despliegue de los donostiarras
que luchaban entonces contra la rabia ciega
y el barro, y las patadas, y un árbitro comprado.
Y colorín, colorado... Este partido ha terminado.*